



MIGUEL A. LÓPEZ-MORELL

PROFESOR DE HISTORIA ECONÓMICA DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA

## FELIPE VI, CON LA HISTORIA A CUESTAS

«Es evidente que el inminente Rey de España está bien preparado; infinitamente mejor que cualquiera de sus ancestros»



El Príncipe, durante la conferencia que impartió en la Kennedy School de Harvard en 2012. EFE

Tuve la suerte de escuchar con bastante cercanía al Príncipe de Asturias en junio de 2012, cuando dio una conferencia en la Kennedy School de Harvard. Les engañaría si les dijera que mis simpatías monárquicas me arrastraron al acto, pero los que formábamos entonces la colonia española en Boston no podíamos dejar de arropar al heredero de la Jefatura del Estado español, en un momento en el que el 'Financial Times' nos destrozaba como país un día sí y otro no en su portada.

Don Felipe dio un discurso perfecto sobre la presencia de lo español en los Estados Unidos, tocando inteligentemente todas las teclas que podían engrandecer la imagen institucional y económica de España. Estábamos a pocos kilómetros del punto de llegada de los primeros anglosajones al continente americano y el Príncipe no dejó de insistir en que los primeros pobladores europeos del país no habían sido ellos, sino los españoles instalados en California y la Florida dos siglos antes, y que en pocos años el español sería la lengua más hablada en el país del dólar. Pero, más allá de un brillante discurso, que seguramente le escribieron, en un inglés preciosista que qué más quisiera para sí cualquiera de los presidentes de la joven democracia española, Felipe contestó con soltura y claridad las tres preguntas envenenadas que le lanzaron –porque en Harvard nadie se escapa sin ser preguntado libremente por el público–. No se amilanó y desde la primera, en la que le preguntaron por el hundimiento de la imagen de la Monarquía entre los españoles, a la última, en la que le inquirieron sobre cómo y cuándo iba a salir España del pozo de la crisis, Felipe contestó con madurez y conocimiento, yendo mucho más allá de las obviedades.

Es evidente que el inminente Rey de España está bien preparado, infinitamente mejor que cualquiera de sus ancestros. Don Juan Carlos, a pesar de los múltiples pecados que han salido a relucir, y los

que nunca sabremos, es el único Borbón que se salva de una lista de inenarrables monarcas que llenaron de inestabilidad la política del país. El panorama hacia atrás es desolador: su bisabuelo (Alfonso XIII)

era un inmaduro muy mal aconsejado, obsesionado con el ejército, que cambiaba a su antojo presidentes y que creyó que los españoles le tenían que querer porque sí; su tatarabuelo, Alfonso XII, enfermo

buena parte de su corta vida, dejó el país en manos de Cánovas, que ató todo bien atado con las redes del caciquismo; de Isabel II, una niña arrastrada al poder, no se pueden contar más que tragedias y de-

satinos, a la sombra de un padre que había destruido todo atisbo de modernidad en el país. Un bagaje borbónico del que solo se salva a hurtadillas Carlos III, que al menos sí supo rodearse de buenos ministros, entre los que estuvo nuestro Conde de Floridablanca.

Don Juan Carlos, en cambio, ha tenido un papel extraordinario a la hora de recuperar las instituciones democráticas en la España de la Transición y de dotar de una imagen exterior al país; porque antes no la teníamos o se nos confundía con las estampas de pandereta de los turistas decimonónicos. Pero el monarquismo juancarlista ha muerto de éxito. El pacto de silencio sobre la Monarquía se ha roto del todo y aunque los españoles alaben para siempre este legado, no consentirán más que se les tome el pelo.

Ha hecho bien en abdicar el Rey, antes de dejarle un erial a su hijo. Pero a Felipe VI le espera un trago duro y amargo con el que bregar: a partir de hoy, él y su familia tendrán que exponerse día a día al escrutinio de la ciudadanía, que no les perdonará lo que a su padre, y tendrán que hacerlo con el convencimiento de que la mayor parte de los españoles ven a la Monarquía obsoleta y trasnochada.

Sin embargo, en unos tiempos en los que no está de moda el patriotismo, Don Felipe puede ser un símbolo irremplazable de unidad, cordura y, sorprendentemente, de modernidad; al menos frente a otras alternativas.

Creo además, sinceramente, que aquella tarde en Harvard la imagen de España salió mucho mejor parada en manos del heredero a la Corona que si el ponente hubiera sido cualquiera de los políticos españoles en activo. Esa es la bondad que puede aportar la institución monárquica ahora y parte de la tragedia institucional de un país que elige a sus élites con muy mal criterio. Solo por eso merecerá la pena que España siga siendo una monarquía parlamentaria. En el futuro, ya veremos.